

Hipótesis constitutivas del espacio regional santandereano como objeto de la investigación histórica

Armando Martínez Garnica

Jefe del CDIHR
Universidad Industrial de Santander

UNA INTUICION DE PARTIDA

La mirada del historiador quisiera extenderse ilimitadamente hacia todos los tiempos, a todo el género humano y a todo el planeta. El principio de la unidad del género humano que defendió a los tiempos del Encuentro del Viejo y el Nuevo Mundo Fray Bartolomé de las Casas, la revolución industrial a la que asistimos, con su promesa de una intercomunicación casi instantánea con cualquier rincón del planeta y la expansión del esfuerzo historiográfico por recuperar el pasado de mas regiones periféricas parece convocar la mirada del conocimiento hacia horizontes mas vastos.

Sin embargo, esa pretensión encuentra sus límites en la capacidad individual tan escasa de cada historiador individual y en su circunstancia personal. Los que vivimos en el territorio de los departamentos santandereanos quisieramos ocuparnos del mas alejado territorio humanizado, pero el peso de la cotidianidad regional nos impone no solo nuestra limitación sino un deber ético: explicar a nuestros contemporáneos el sentido del pasado de la sociedad regional, apropiado como conocimiento y puesto en prosa como evocación poética. Sin proponérselo, todo historiador que se ocupe del pasado de las gentes que lo antecedieron en el territorio que ocupa su cotidianidad hace historia regional. Incluso la historia capitalina es una mas de las historia regionales.

El problema del historiador que centra su mirada en el pasado de la sociedad regional que constituye entorno no es entonces un asunto de los escrúpulos que debe sentir por estarse perdiendo el Mundo. Su problema es el determinar los límites de su mundo para proceder a enfocar con precisión su mirada. En nuestro caso peculiar, el primer problema es el de delimitar el mundo de "lo santandereano". Al intentar resolverlo, tropezamos con una intuición muy clara: el santandereano es una abstracción hipostasiada. Lo que existe historicamente son los santandereanos, tan disímiles y variados. Solo muy recientemente, en 1857, se proyectó por primera vez la constitución de lo santandereano a partir de los tipos humanos diferentes: el ocañero, el veleño, el socorrano, el pamplonés, el cucuteño, el hombre de García Rovira, el de Soto y el río Magdalena, para citar solo los mas observados.

Mirada en conjunto esa fracción del género humano

apodada "Santandereana", se observa que ya se encuentra "naturalmente" diferenciada por fisonomías culturales distintas. La noción de "provincia" ha designado por lo menos a ocho diferentes grupos de santandereanos: Vélez, Soto, Mares, García Rovira, Comunero-guanentina, Ocaña, Pamplona y Cúcuta son las provincias culturalmente diferenciadas que afilian al mundo Santandereano, según la voluntad proyectada por los constituyentes del Estado Soberano. La bandera del departamento de Santander, con sus estrellas rojas y sus barras verdes y amarilla, expresa simbólicamente esa percepción de que la unidad regional se constituye por elementos distintos. Así pues, el mundo de lo santandereano es variado y distinto. ¿Cómo aprender entonces el pasado de esas diferencias?

Al afinar la mirada sobre cada provincia para luego compararlas entre sí resulta una intuición historiográfica: se trata de historias también distintas. Contar la historia de los hombres del río Magdalena o de su valle (por ejemplo la de los barramejos o la de los campesinos de Cimitarra) es contar una historia casi totalmente diferente a la que resultaría sobre los hombres de García Rovira o Pamplona. ¿No tienen acaso los ocañeros una historia distinta también?. En cada una de estas historias provinciales se descubre que los tiempos de ocurrencia de cada proceso, y aún los propios procesos, son diferentes. Al examinar mapas sucesivos en el tiempo de la distribución de los hombres santandereanos se descubren las discontinuidades en su gran magnitud. Como resultado, no es posible contar linealmente la historia de Santander, pues el caleidoscopio de sus provincias todo lo cambia en cada siglo. No hay continuidad alguna en la historia de Bucaramanga, para poner un ejemplo, sino una historia de rupturas y de migraciones. La orgullosa Socorro, altiva a finales del siglo XVIII en el concierto del virreinato, es hoy apenas un pueblo incapaz de dotarse a sí mismo del agua potable indispensable. El campamento de Barrancabermeja, una ranchería por más de cuatro siglos, emergió en solo seis décadas al lugar de segunda ciudad del departamento de Santander. Arrierros y colonos santandereanos siempre se vieron por todo el país, pero la amnesia sobre las oleadas colonizadoras hacia todos los puntos cardinales aún continúa indemne.

En síntesis, la mirada del historiador hacia el mundo santandereano descubre intuitivamente una abigarrada mezcla de movimientos, cambios y rupturas. Pese al tradicionalismo que se adjudica a sus gentes,

es también el mundo de los movimientos. ¿Cómo relatar la historia de una región cuyas provincias constituyentes tienen tiempos y procesos diversos?

PRIMERA HIPOTESIS

La noción de "espacio regional santandereano", concebido como un conjunto o sistema de provincias distintas, nos permite proponer un objeto de análisis a la mirada del historiador. La primera pregunta hecha a este objeto constituido se refiere al sentido de la subregionalización del espacio regional en provincias con fisonomía cultural distinta. La primera hipótesis de trabajo es la de que esa fisonomía especial de cada una de las ocho provincias identificadas en el territorio de los dos Santanderes es el resultado de la cristalización de procesos de larga duración en la división regional del trabajo social, acaecidos como una consecuencia de la diversidad ecotópica del territorio y de las integraciones al mercado interno y externo. El sector comercial de la producción subregional adecuó las posibilidades ecotópicas a las demandas del consumo en los centros de crecimiento del mercado interno colonial, integrando el trabajo subregional al sistema económico colonial con el propósito de realizar las producciones domiciliarias de las familias campesinas. La historia laboral de cada subregión es el esfuerzo por colocar en el mercado extraregional la producción mercantilizable, gracias a la especialización del trabajo y a la construcción de centros de acopio o vías comerciales de larga distancia. La desigual concentración de hombres, medios de producción y mercancías en las subregiones se explica en cada tiempo del espacio regional por la polarización desigual que los centros de crecimiento económico ejercen sobre las unidades productivas.

Cada subregión tiene así una historia diferente en lo que toca a productos exportables y a los tiempos de la expansión productiva o la depresión.

A su turno, la presencia política de cada provincia en los gobiernos departamentales se ha correspondido con el peso demográfico y con la fuerza económica de las cabeceras subregionales, de tal modo que en cada momento histórico el centro de las decisiones políticas y de los sucesos políticos con impacto regional se han concentrado en solo varias de ellas. Pamplona y Vélez en el siglo XVI; Girón y Ocaña acompañándolas en el siglo XVII; Socorro y San Gil, con Girón, son el eje político del XVIII,

mientras que en la República ascienden nuevos centros de decisión política. La Concepción fue una excepción de corta duración bajo el gobierno, lleno de experimento del general Solón Wilches. En nuestros días Cúcuta y Bucaramanga concentran los grupos políticos que tejen una abigarrada red de influencia política a través de las cabeceras provinciales, si bien Barrancabermeja emerge con relativa autonomía.

SEGUNDA HIPOTESIS

Aunque la noción de "región económica", esbozada por Francois Perroux y desarrollada para el espacio peruano por Carlos Sempat Assadourian, subyace en la hipótesis anterior; es posible proyectar una historia del fenómeno de la subregionalización del espacio regional santandereano como una historia de integraciones y desintegraciones regionales, de movilidad de los polos del crecimiento y de cambios en las direcciones de los flujos migratorios y mercantiles, de variaciones en las fronteras subregionales y de mudanzas en la naturaleza de las producciones.

A grandes rasgos, pueden establecerse hipotéticamente cinco momentos distintos en la historia del espacio regional santandereano, y en cada uno de los cuales puede distinguirse el movimiento laboral que definió la personalidad cultural de cada provincia.

El esquema de esta historia se constituye con los esquemas siguientes:

Primer momento (1540-1590): La producción de oro en los distritos mineros hallados desde 1551 en el Río de Oro y las Vetas de Pamplona polarizó la producción de las etnias entregadas en encomienda al vecindario transterrado de las ciudades de Vélez y Pamplona, cuyas jurisdicciones conjuntas establecieron el primer mapa político de los actuales Santanderes. El mercado minero movilizó fuera del territorio étnico a las cuadrillas de trabajadores que poblaron los nuevos asentamientos poliétnicos y modificó el sentido de la producción indígena, construyó los circuitos de intercambio con los puertos del lago de Maracaibo y el río de Magdalena, y definió la vocación azucarera y ganadera de Vélez y de los valles de los ríos Frío y del Hato. La venta de las encomiendas suministró a los colonos españoles la fuerza laboral y la posibilidad de la acumulación

en los centros urbanos mencionados. Como resultado de la dinámica de este espacio económico temprano que se integró al sistema de la economía colonial, se definió la fisonomía del trabajo en las subregiones mineras (Bucaramanga, Suratá, Páramo), veleña (ganadería, azúcar y conservas), de Guane (tejidos de algodón y fique), pamplonesa y ocañera. Los mercados urbanos y del distrito minero integraron la nueva sociedad por la vía de un rápido mestizaje, mientras se desintegraba el territorio étnico de producción. Esa integración económica fundacional se correspondió con la organización política que construyeron los cabildos de Vélez y Pamplona, cuyas jurisdicciones fueron definidas por el pleito de 1551-1557 que les permitió compartir los lavaderos del áureo metal en el Río de Oro. La búsqueda y apropiación de la energía étnica de trabajo produjo las fundaciones pamplonesas de San Cristóbal y Mérida, complementadas con el establecimiento de Ocaña en los términos con la gobernación de Santa Marta.

Segundo momento (1590-1650): La drástica caída de la producción aurífera en toda la región deconstruyó los circuitos mercantiles y desequilibró la balanza de pagos regional, lo cual fue resuelto con una estrategia de construcción de empresas agrícolas y ganaderas que dieron la imagen de una "ruralización" del territorio de las primeras ciudades fundadas. El crecimiento del sector de las subsistencias, en desmedro del sector mercantil, resultado de una adaptación a la desmonetización de la economía regional, produjo una estructura rural conformada por los resguardos y las estancias, donde se reprodujo la fuerza laboral que se comenzó a especializar en la producción de textiles de algodón, alpargatas, conservas y cacao para satisfacer la demanda de mercados mineros distantes o de los puertos marítimos. Esa estrategia de especialización en los productos agropecuarios y artesanales produjo una expansión de la frontera agraria hacia el río Sogamoso (proyecto cacaotero de la ciudad de Girón), hacia los fértiles valles de los ríos Guaca, Suratá y Servitá (trigos y harinas), hacia los valles de Cúcuta (cacao y ganados) y en la región de Ocaña. La producción regional fue polarizada por los mercados de las ciudades-puerto de Maracaibo, Cartagena y Mompós, o por las minas de Mariquita y Antioquia. La gobernación de Girón fue la novedad política de este momento, al establecer una nueva jurisdicción autónoma que pretendía crear una nueva organización política, y un nuevo circuito comercial, entre el río Sogamoso y el puerto de Mompós.

La organización de los pueblos de indios resguardados en la provincia de García Rovira, en gran medida bajo el control de la Orden de Predicadores, alimentó el circuito mercantil que trazaba el camino real que unía a Duitama con Pamplona y los puertos sobre el lago de Maracaibo. Pese a todos los cambios, algunos esfuerzos de reanimación de la producción minera de las Vetas fueron realizados con el apoyo de los indios de mita llevados con el concurso del gobierno del Nuevo Reino. El crédito de la economía agropecuaria provino de los censos que pudieron acumular los conventos de Pamplona y de las capellanías fundadas por el vecindario de esa ciudad y de Vélez. Fue entonces un momento de crisis minera y desintegración de los polos de acumulación en el primer momento, mientras se establecían los espesas rurales.

Tercer momento (1650-1810): El rápido crecimiento demográfico y mercantil de las provincias polarizadas por las villas rivales de San Gil y el Socorro, tal como lo señala la constitución ininterrumpida de muchas parroquias y nuevos mercados locales en este momento, evidencian la potencialidad de la acumulación lograda por la industria domiciliaria autosubsidiada por la parcela campesina. Esa expansión de la agroindustria ligada a la habilidad artesanal (lienzos, sombreros, tabacos, alpargatas, conservas, añil, etc.) produjeron la especialización laboral de la provincia comunera-guanentina y una subcultura que fue identificada en su especialidad por las gentes del Nuevo reino. La dura pugna de los principales centros de acopio de la producción rural y de las parroquias, San Gil y el Socorro, donde se constituyeron dinámicos grupos de comerciantes ligados a los mercados distantes, se convirtió en alianza cuando las reformas del tiempo borbónico pusieron trabas a la producción de algunos productos mercantilizables como el tabaco. El crecimiento demográfico de esa provincia sorprendió al Nuevo Reino e impulsó las primeras colonizaciones hacia la vértice del Valle del Magdalena (Betulia, Chucurí, etc). La provincia rovirense también creció por sus vinculaciones al mercado marabino de las flotas, inaugurando sus intercambios con los llanos de cría de ganado cimarrón al oriente. Una red de tarabitas, navegaciones y caminos de arriería fue tendida alrededor de los dos ejes comerciales norte-sur (el camino real de Soatá-Pamplona y el camino del Socorro), tal como pudo visualizarse en el mapa del visitador Moreno y Escandón (1777). Las provincias de Ocaña y Cúcuta crecieron también al ritmo de la producción cacaotera y de los circuitos del

contrabando de mercancías ultramarinas.

La larga disputa de los élites del Socorro contra las de San Gil intentaron componer un frágil equilibrio en la hegemonía política sobre el espacio regional, expresable en la erección de un coregimiento separado del viejo y ausente coregimiento de Tunja. Sin embargo, el rápido ascenso de Barichara y el afianzamiento de la élite veleña dieron mayor complejidad a la red de la expansión política.

Este momento de la integración provincial comunero-guanentina como polo de la integración del espacio regional es el momento del crecimiento económico apreciable y del levantamiento de los poderes de élites locales, bajo la forma del proceso autonómico que acompaña al movimiento general de secularización de las parroquias. Es una nueva alianza entre notables locales y clero secular, fueron eliminados los pueblos de doctrina y la gran influencia de los dominicos. Solo los capuchinos de Valencia tuvieron influencia en Socorro, como instrumentos de la política de control político que se empleó después de la sublevación de los Comuneros. La secularización de las parroquias proporcionó, adicionalmente, la experiencia política indispensable para que las élites locales pudiesen participar activamente en el proceso de la emancipación de la Corona de Castilla.

Cuarto momento (1810-1910): La guerra de independencia interrumpió el abigarrado circuito comercial y produjo un momentáneo reforzamiento de los sectores de subsistencia. La lenta recuperación del sector comercial agropecuario produjo la primera expansión cafetera (1830-1900) y la fugaz "fiebre de quinas" (1879-1883) que polarizaron el crecimiento económico respecto de la demanda del mercado mundial. En contrapartida, se inició el crecimiento de dos nuevos centros de acopio y distribución de las manufacturas industriales importadas: Bucaramanga y Cúcuta. La experiencia política del Estado Soberano y de la apertura económica hacia el exterior acompañaron una intensa oleada de migraciones laborales hacia la provincia cucuteña y su extensión venezolana andina, hacia el piedemonte del Valle del Magdalena y hacia el centro Bucaramanga - Rionegro. La política de "escuelas y caminos" se ajustó convenientemente a esa apertura económica, cuya utopía más importante fue el trazo ferrocarrilero hacia el río Magdalena (Puerto Wilches - Bucaramanga). Las inmigraciones europeas hacia los dos centros comerciales de impor-

tación-exportación contribuyeron a consolidar mentalidad librecambista y a cambiar los hábitos de consumo, pese a las resistencias de las Sociedades Democráticas de los Artesanos. El declive político del Socorro y Pamplona contrasta con la febril actividad política veleña y en San Gil- Curití, al tiempo que la actual capital santandereana consolidaba la hegemonía del poder regional.

La gran guerra de final de siglo interrumpió la expansión en el sur de la región y arruinó a muchos inversionistas por el envilecimiento del papel moneda, mientras que consolidaba definitivamente la ruptura política -mediatizada por los dos partidos liberal y conservador- entre las élites del norte y del sur de la región. Esa ruptura constituyó la actual división política en los departamentos y separó definitivamente al grupo que desde 1557 había disputado por el rumbo de la política regional.

La diferenciación social se había pronunciado en este momento, incorporada incluso en la moda y en los hábitos de consumo, separando el "sector tradicional" del "sector moderno". La idea de "grupos de sociedad", organizados en los primeros clubes sociales, contrastó con la masa campesina que crecientemente se había urbanizado en una gran variedad de municipios. Los sucesos de la "culebra Pico de Oro" (1879) reflejan la intensidad que pudo alcanzar el conflicto social.

Quinto momento (1910-1991): El sistema de las provincias de había consolidado en toda su dimensión en el momento anterior. La novedad de este momento es el crecimiento de la provincia de Mares, es decir, del Valle del río Magdalena. Los centros petroleros de Barrancabermeja y Sabana de Torres dinamizaron la corriente migratoria hacia la provincia con mayor disponibilidad de tierras fértiles y recursos no renovables. La experiencia de San Vicente de Chucurí, "emporio de la abundancia", estimuló los flujos de hombres y mercancías hacia el occidente de la región, coadyuvada por la expansión de la industria petrolera. De este modo, los polos de crecimiento de Bucaramanga y Cúcuta, que polarizan todo el espacio regional, funcionan con una red compleja de intercambios en la que participan los centros provinciales de mayor desarrollo (Barrancabermeja, San Gil, Barbosa, etc).

El proceso general de modernización del comportamiento demográfico y de urbanización inscriben al espacio regional en el espacio nacional colom-

biano, cuyos centros de producción y consumo polarizan también la producción y la fuerza laboral de los Santanderes. Estos procesos, no obstante, coexisten con las resistencias rurales y el conflicto social armado, en la cual puede resolverse la complejidad de la modernización del espacio regional. Las élites económicas, políticas e intelectuales que se ha concentrado en los dos cabeceras departamentales jalonan la modernización e integración al espacio nacional, si bien aún son señaladas por el poco desarrollo de la modernidad en la región.

En este momento también se han producido nuevas oleadas migratorias hacia la Costa Atlántica (César, Magdalena), hacia los llanos (especialmente durante el periodo de "la violencia), y hacia Venezuela. A cambio, las cabeceras departamentales han concentrado las migraciones internas del espacio regional y los capitales obtenidos en la realización de la producción agropecuaria y petrolera. Gracias a ello, la industria de la construcción y los servicios han vivido su mejor momento, seguidos por las manufacturas de consumo. Al finalizar el siglo, las expectativas del crecimiento económico buscan su realización en todas las direcciones, al igual que las expectativas de la participación política en la vida regional nacional.

EL FUTURO DE LA INVESTIGACION

Las dos hipótesis anteriormente esquematizadas pretender constituir como objeto de investigación al "espacio regional Santandereano" y servir de guía para la tarea de recolección de datos en los archivos. Los problemas de la investigación que deben ser resueltos en los que siguen, al menos, los siguientes:

1. La distribución espacial de la población en cada subregión y en el conjunto del espacio regional, sus características demográficas y la dirección de las migraciones en cada tiempo, los procesos de mestizaje y la diferenciación social, el registro de las epidemias, etc.

2. Las producciones provinciales, sus magnitudes y sus clases; la fracción de subsistencia y la parte de comercialización; los centros de producción, los de acopio y los de consumo; los ciclos de crecimiento y los de depresión, las técnicas productivas y las formas de producción, los intercambios y sus flujos.

3. Las ventas acumuladas e invertidas, la venta de las encomiendas, el juego de censos y capellanías en la economía colonial, los beneficios empresariales, los precios y los salarios, el tamaño del subsidio campesino a la producción artesanal domiciliaria.

4. El balance de los intercambios en cada subregión y en el espacio regional respecto de otras regiones, los procesos de equilibramiento de las exportaciones regionales con las importaciones.

5. Los conflictos, sociales y políticos, el gobierno departamental y su impacto en la distribución de los recursos públicos, las élites y los grupos sociales.

6. La Cartografía histórica de las divisiones política-administrativa y de la emergencia de ciudades, parroquias, pueblos de indios y municipios; así como la construcción de las redes regionales de comunica-

ciones terrestres, férreas y fluviales.

Muchos otros son los problemas a abordar para contar alguna vez, en una decena de años mas, una historia del territorio santandereano. Como miembros de una universidad regional de Santander, tenemos el deber ético de hacerlo, y para ello, toda una generación de jóvenes investigadores nos va a acompañar en la empresa.

Los santandereanos de hoy no merecen algo menos ambicioso que este proyecto de historia regional, y nuestras vidas académicas pueden encontrar en ello una oportunidad de realización. Imitando a nuestros antepasados de la provincia de Soto, terminamos invitándolos a que nos acompañen con la siguiente tarjeta de invitación: "Todo aquel que contribuya al conocimiento de Santander es santandereano".